

La censura y Euzkadi

Euzkadi [Caracas], 1. zk., 1977-01/03: [19-21].

Todo mi trabajo periodístico y literario ha tenido dos vertientes de una misma preocupación por el hombre desarraigado: la que da a Venezuela y la que da a Euzkadi.

Digo primero Venezuela, mi otra patria, porque fue aquí donde comencé a dar a salvo de la censura española los primeros pasos de un oficio incómodo: el de testigo. Mi testimonio venezolano está en *Elite*, mi primera oportunidad con Paquito Villanueva, don Juan de Curuceaga y Lucila Palacios; en *El Nacional*, con Reyes Baena, Ramoncito Velázquez y Moradell; en *El Farol*, con Armas Alfonso y Armas Chitty, y en *Cal*, con Guillermo Meneses y Nedo. Este primer testimonio de la Venezuela que voy descubriendo, en sus gentes y sus tierras pasa, claro es, por el meridiano de mis preocupaciones por el exiliado y el emigrado que soy yo mismo y mi gente y mi pueblo. Cuando regreso, casi veinticinco años después, a la patria que me dio la carne y el alma de mi primera lengua, todavía arde la hoguera de la Inquisición en los rescoldos protegidos cuidadosamente por santos que apenas dejan ver el humo, pero que queman y matan la sustancia de la vida que es la voz del hombre en libertad.

De esta experiencia que tuve con la censura española cuando llegué a Euzkadi hace siete años y todavía está viva de fuego quiero hablar ahora.

Mi primer encuentro con la censura cuando llegué fue comprobar que no tenían acceso a los medios de comunicación más que aquellos que aceptaban las reglas de un juego que consistía en ver la realidad de acuerdo con una óptica oficial.

Desde luego que yo no podía, ni quería, colaborar en esta prensa de mi pueblo.

Este es el aspecto exterior de la censura con que tropecé al llegar.

Sin embargo, *la censura* por dentro es más que esto.

Tiene relación con los males de *la propaganda*.

La propaganda es uno de los enemigos de la opinión pública sana, porque tiende a una distorsión de *la verdad* hasta adaptarla a la suya, a *su verdad* particular. La propaganda es difícil de evitar; la hacemos más o menos todos cuando defendemos alguna posición con calor. Cuando todos tienen derecho a hacerla, como ocurre en los regímenes democráticos, el ciudadano oye las diferentes versiones de un hecho y obtiene los elementos para tener un sentido crítico que le permita pensar por su cuenta, pero cuando la propaganda es de verdad peligrosa es en el momento en que se convierte en la propaganda de un solo lado.

El problema real no está, pues, en la propaganda, sino en el *monopolio de la propaganda*, que es la censura.

Pero, ¿en qué consiste la censura?

La palabra "censura" es muy vaga y cada uno la entiende a su manera; es justamente lo que conviene a la persona que manipula arbitrariamente con ella.

El problema reside en el hecho de quién les pone la medida y el acento a las palabras: "escabroso", "bueno", "malo", "moral", "inmoral", "amoral", "político", "antipatriótico", "subversivo", y cuándo ponérselos y dónde.

En el Estado de Alabama, al sur de los Estados Unidos, retiraron de una biblioteca infantil un libro de cuentos porque en uno de ellos había un conejo blanco que se casa con un conejo negro. Aquí, en Euzkadi, esos conejos no hacen daño. En Alabama sí. Pero allí hay otros muy inofensivos que aquí alumbran el ojo de un censor con una linterna de tres colores.

El trabajo del censor se va complicando porque la censura no es nunca pura:

Puede ser: político-religiosa o religioso-política

Puede ser: político-literaria o literario-política

Puede ser: religioso-literaria o literario-religiosa

Pero nunca sólo religiosa, sólo política o sólo literaria.

Y, ¿quién le mide a una noticia, a una obra literaria, a una opinión religiosa la dosis de los ingredientes?

Esta es, precisamente, la especialidad del *censor*.

Estas actividades del censor tuvieron algunas consecuencias en mi trabajo:

1. Tuve que programar mis libros limitando su alcance y hasta su bibliografía.
2. A pesar de la autocensura profiláctica, la censura oficial me quitó páginas enteras (25 en *Hablando con los vascos*) y palabras sueltas y hasta citas del Papa, de todo.
3. Los responsables de los periódicos se han negado a publicar después en *sus* periódicos algunas de las notas críticas de estos libros.

El recurso de la censura: la coacción

La presión autoritaria que una persona o institución ejerce sobre otra se llama coacción.

La persona coaccionada se ve en esta situación forzada al silencio o a la colaboración y de cualquiera de las dos maneras, la censura consigue su objeto, porque el que calla, otorga, y el colaborador queda eliminado como ser pensante y se convierte en un mero instrumento al servicio de otro que actúa con todas las prerrogativas a sueldo del Estado prepotente.

Ya sabemos que cuando el Estado, sea del color que fuere, penetra en el terreno de las ideas y de la conciencia personal, es la esclavitud.

Esta es una forma sinuosa, solapada, pero real, de ejercer *la violencia*.

¿Qué valor humano sufre más en esta aventura?: la libertad, y con ella, la verdad

La libertad del hombre es fundamental para interesarlo en los asuntos públicos.

En un régimen de libertad que estimula la participación de los ciudadanos en la cosa pública, el individuo va ampliando su marco de decisiones; estas decisiones tomadas en libertad van comprometiendo al hombre en la verdadera dimensión de la responsabilidad. Al mismo tiempo, existe una relación estrecha entre esta *libertad* y la *verdad*, porque no se concibe la verdad sin un clima de libertad que permita su expresión, ni puede haber libertad que no está fundada en la verdad.

Una de las profesiones más exigentes para esta pedagogía es la del periodista y la del escritor, y de ahí que la condición más valiosa de estos profesionales de la comunicación social sea su credibilidad, y ésta no puede estar fundada sino en su veracidad.

Quiero recordar aquí las palabras de Carlos Fuentes defendiéndose de la prohibición de su novela *Cambio de piel*, ganadora del Premio Biblioteca Breve de Seix Barral: "... defenderé el derecho de los lectores españoles a leer y juzgar por sí mismos"... "Pero sobre todo protesto contra esta voluntad implacable de amenazar, amedrentar, cercar, corroer, comprar, silenciar o exilar el movimiento del pensamiento y del lenguaje".

John Dos Passos dice que: "el deber de un escritor es decir la verdad".

Muchos han muerto por haberse atrevido a decir esta verdad.

Entre otros que sin haber muerto por esta osadía sí vivieron hostilizados por la censura está un escritor nuestro: Pío Baroja. Dice Ricardo Gullón en un artículo titulado: "Saquemos a Baroja del Purgatorio", que en Baroja debiéramos recordar "ante todo su constante hostilidad hacia el Estado y su denuncia lúcida e ininterrumpida de los riesgos que para el hombre moderno implica la tendencia creciente a someter la vida entera a la tutela estatal". "Y por eso –añade– los jóvenes encuentran en Baroja una lección de independencia".

Entre lo censurado está nuestra cultura

Me han solido decir en Madrid que el argumento que estaba usando yo en defensa de la cultura de mi pueblo era *emocional*.

¡Como si se pudiese morir sin emoción!

Porque ésta es la situación de nuestra cultura asfixiada y en trance de muerte violenta.

Ahora bien, y teniendo en cuenta esta violencia y las demás, lo primero que debe preguntarse uno es por qué la supervivencia de una cultura constituye un problema de subversión política.

Vamos a mencionar el origen de la radicalidad del problema vasco, que es el que ha sido el tema fundamental de mis últimos libros, sobre todo el último: *Las brujas de Sorjin*.

Ocurre, y no es culpa de los vascos, que en el mar del Imperio de Roma y su latín queda una isla, nuestro pueblo y su *euskara*, y que mientras la vida cultural de los pueblos romanizados se parcela en sus romances respectivos sin ninguna violencia, en la paz del tiempo, nuestra terca palabra de campesinos y marineros apenas se deja orillar por el Sur, y luego, cuando las letras y las ciencias de los romances se nutren de sus ricas

fuentes y también se intervasan y fertilizan unas a otras mediante una ósmosis fácil y rica, la nuestra, nuestra cultura, nuestra lengua cercada, se siente cada vez más sola, más aislada.

Y cuando el gran juego político pasa por los grandes meridianos, nuestras fuerzas, y nuestras parcelas, es la verdad, no consiguen hacer compatible su lengua con su administración.

Esta es una explicación y no una culpa.

Y ahora, nuestro pueblo, que no sólo tuvo que aprender otra lengua, sino *en* otra lengua, vive la asfixia de la suya; y, además, ni en esta otra lengua aprendida tenemos una Universidad Vasca que estudie esta cultura solitaria; y de las otras universidades, de las oficiales, no tenemos en Gipuzkoa, Araba y Navarra, después de ayudar a llenar todas las demás, una que esté más al alcance de sus hijos.

Y esto, ¿no es violencia?

Y, sin embargo, como dice Arnold Toynbee: "La cultura (y también la nuestra, claro) es el objetivo final de la vida humana, porque la economía y la política tienen valor sólo si sirven como medio para el logro de objetivos culturales".

Pues por pedir una Universidad he sido censurado más de una vez.

Hay argumentos que nos recuerdan que los vascos sí tenemos un progreso económico.

El progreso económico nos ha proporcionado el progreso de la instrucción, que no está mal, *pero no el de la cultura vasca*, y la alienación, la diglosia que vivimos, nos sume en la perplejidad y la desesperación de no sentirnos en nuestra cultura.

Se nos quiere recompensar sin soluciones con una cátedra en Salamanca y con el elogio fúnebre de nuestra cultura.

Y, sin embargo, la admiración y la piedad no nos interesan.

Dicen quienes dicen querernos bien, pero actúan de otra manera, que somos un raro ejemplo de pueblo "primitivo", que tenemos la belleza de fósil de la momia, y también nos reconocen una cierta "honradez", una cierta "bondad", y también una cierta "ingenuidad" graciosa y saludable.

Y con estos carteles, estas chapas y estos ornamentos de "propaganda" se pretende cerrarnos la puerta de la actualidad y del porvenir.

Nosotros, los vascos de hoy, estamos seguros de que la diversidad no es necesariamente negadora de la convivencia, porque lo que separa a un hombre de otro no es esta diversidad natural del hombre, sino la intolerancia y la imposición.

Y esto va en todas las direcciones.

Hoy está en moda defender al *hombre económico*, y está bien, y al *hombre social*, y está muy bien; nosotros somos todo eso; pero también hay que defender al *hombre cultural* en que está enraizado ese hombre que también somos nosotros.

Ha llegado la hora sensata y sabia de aceptar *la complejidad* como un hecho humano y socio-político inseparable de la vida.

Cuando comencemos todos a descubrir de veras esta complejidad y a aceptarla, comenzaremos a descubrir la verdad. Porque la violencia que constituyen algunas simplificaciones no conduce sino a la violencia que no queremos.